

## XXXIV. — UN NUEVO AMIGO.

La *Bella Bordelesa* debía hacerse á la vela al día siguiente, á las doce, y Miguel seguía sin recibir aviso del Sr. Dulaure.

Desde por la mañana se situó en el muelle, con la vista fija en la morada del comerciante y en la esperanza de que éste lo mandaría á buscar; pero pasó el tiempo y nadie se acercó á él.

El enfermo salió á las doce menos diez, muy pálido y sin poder casi andar; sosteníanlo por un brazo su amigo el Sr. López y por el otro el fiel Pedro. Detrás iban unos diez ó doce criados negros que se movían y se empujaban, peleándose por cargar los pequeños objetos, libros, sombrillas, mantas, etc., que uno solo de ellos habría podido llevar. Cuando Pedro distinguió á Miguel, quiso hacer de modo que su amo no le viese; pero no pudo impedirlo. La vista del armador se fijó en el joven, quien saludó respetuosamente. El Sr. Dulaure contestó con un movimiento de cabeza que Miguel no supo cómo interpretar. ¿Quería decir adiós? ¿ó hasta luego? Sin embargo, siguió con los demás hasta el barco; pero cuando quiso entrar en él por la pasadera que lo unía al muelle, fué detenido por Pedro, quien le anunció de manera terminante que su amo no había dado orden ninguna para su embarque.

En vano el joven insistió; todo fué inútil.

Corrió á la boca del puerto, en el momento de salir el barco, para lanzar una última mirada á aquel buque que se llevaba su postrera esperanza de volver á la patria, y un hombre que le había manifestado tanta amistad y que si lo abandonaba ahora, era seguramente porque debilitaba sus facultades la enfermedad.

Sea de ello lo que quiera, el abandono era cruel y absoluto. Cuando Miguel vió á la *Bella Bordelesa* hacerse á la mar, saludada por los votos de buen viaje de cuantos se hallaban presentes, mientras los de á bordo contestaban con vivas, se le llenó el alma de congoja, sintiendo horrible abandono y soledad.

— Pobre Zimbo mío, decía á su compañero, que compartía instintivamente, sin comprenderla, la pena de su amigo, ¿qué va á ser de nosotros?

¿Cómo pensar en el regreso á Francia! ¿Y yo que esperaba ver pronto á mi hermanita Lucía! ¿Sabe Dios si volveré á verla! ¿Cómo salir del paso? ¿Quién querrá emplearnos!

— ¿Quién? Tal vez yo, dijo en francés detrás de él una voz fuerte y simpática. Nadie ha dicho que dejaré á un compatriota en apuros si puedo sacarlo de ellos.



Negro de Guinea.

Miguel se había vuelto á las primeras frases, y sus miradas cayeron sobre un hombre de 32 á 35 años, de rostro franco, cubierto en parte por una barba de color castaño claro, y que el clima africano había bronceado mucho.

Llevaba un traje de lana ligero y botas de suela muy gruesa, en los cuales penetraban las bocas piernas de su pantalón. Un tocado de forma de casco rodeado por un velo que protegía su frente y su cuello contra los rayos de un sol ardiente.



Miguel lo interrogó con la mirada, para convenirse de que hablaba seriamente.

— Ando buscando una persona que me acompañe, dijo el desconocido, para ayudarme á poner en orden mis notas, mis colecciones. ¿Quieres trabajar en esto.?

— Por contento me daría, balbuceó Miguel, pero...

— ¿Pero qué?

— ¿Es... de veras?

— Ya lo creo.

— Vd. no me conoce.

— Tiempo tendremos para saber quiénes somos. Por lo demás, tengo la pretensión de leer en las fisonomías y la tuya me gusta... Mas... como mejor se explican los hombres es en la mesa. ¿Has almorzado?

Y como Miguel tardara en responder.

— Apuesto, agregó el extranjero que volverías á empezar; conque, vamos á comer.

— Es que... replicó Miguel.

— ¿Qué?

— ¿Y Zimbo?

— Ah, Zimbo; ¿ese negrillo? Demonio ¿te pagas el lujo de un criado?

— No es mi criado; es mi amigo.

— Entonces es distinto. Los amigos de nuestros amigos son los nuestros. Que Zimbo venga también.

Unos instantes después, los tres comensales estaban sentados á la mesa en la mejor fonda de San Pablo de Loanda; pero el número no tardó en reducirse á dos: apenas Zimbo vió lleno su plato, se lo llevó y fué á instalarse delante de la puerta, en un banco donde otros negros holgaban sin que les asustase el calor.

— Ahora, dijo el forastero, presentémonos mutua-

mente. Me llamo Marcos Berton, soy francés y viajo constantemente; tengo 33 años, buena salud y buen humor; me gusta la conversación, cosa de que estoy privado cuando no tengo por compañeros de viaje más que los naturales del país, por lo cual tendría sumo placer en encontrar un compatriota que quisiera acompañarme. Quisiera que el que me envía el cielo tuviese más barba que tú, pero no hay que ser demasiado pedigüeno. Ya he recorrido multitud de países; por ahora me propongo dirigirme á la Colonia del *Cabo*, á través del continente africano. ¿Te conviene la expedición? el camino no es de los más cortos para volver á Francia, pero ya sabes tú que todos ellos llevan á Roma. ¿Quieres venir conmigo?

— Con mucho gusto; ¿pero y Zimbo?

— Dale con Zimbo; pues bien, vendrá con nosotros á menos de que se niegue.

— No hay cuidado.

— Queda convenido; ahora cuéntame tu historia; tengo ganas de saber cómo te encuentras aquí, sin padres, sin amigos, sin recursos de ninguna clase, á lo menos por lo que parece.

Miguel hizo el relato de las aventuras que lo habían llevado de Argelia á San Pablo de Loanda.

— Diablo, diablo, exclamó Berton que había seguido esta narración con el más vivo interés; ¿de modo que hace dos años que saliste de Argelia?

— Sí señor.

— ¿Y sólo cuentas catorce años de edad?

— Catorce y seis meses.

— Diablo, diablo, añadió por segunda vez el Sr. Berton. Te había echado más; diez y seis al menos. Mucho me temo que no puedas soportar las fatigas de un viaje como el que voy á emprender.



— No lo crea Vd. ; soy muy fuerte, muy robusto, y jamás he estado enfermo.

— Ten en cuenta que no hemos de comer cuatro veces todos los días ni dormir todas las noches en una buena cama.

— En los diez y ocho meses que he pasado en el desierto me he acostumbrado á prescindir de eso, contestó Miguel. Desde que salí de mi querida casa en Biskra, sólo he tenido algún bienestar á bordo de la *Bella Bordelèsa*.

— Tienes razón, acabó diciendo el Sr. Berton; mis argumentos no eran de mucho peso. Pues bien, á la gracia de Dios. Dentro de ocho días nos pondremos en marcha. Por lo demás, no se trata de un viaje muy largo. Si nada lo interrumpe, en seis meses estaremos en el Cabo y si allí no me embarco para Francia, te daré recursos para que vuelvas solo.

#### XXXV. — CAMINO DEL ZAMBEZA.

Ocho días después, en una hermosa mañana de Marzo, que es el principio del otoño para los países situados en el hemisferio austral, el Sr. Berton salía de Loanda, acompañado por Miguel y Zimbo, y con una escolta de veniticinco negros, casi todos de *Angola*, pero entre los cuales se encontraban algunos habitantes de orillas del *Zambeza*, que debían servir, unos de guías, los otros de mozos de carga y de intérpretes; por lo demás, el Sr. Berton había viajado por esas regiones y conocía el dialecto de varias tribus.

El explorador y Miguel iban á caballo, los negros á pie; las provisiones de viaje se cargaron en un carro tirado por seis pares de búeyes.

Estas provisiones consistían en bizcocho, azúcar, té, café, algunas latas de carne fiambre, varias libras

de extracto de *liebig*, zumo de carne que se usa para hacer caldo.

El Sr. Berton contaba con su fusil y los de sus compañeros, incluso el de Miguel, para llenar su despesa. Además llevaba consigo repuesto de ropas, de calzado y de mantas, una tienda portátil, una brújula, instrumentos científicos para hacer observaciones, un aparato de fotografía, varias cajas para poner en ellas las colecciones, frascos de cloroformo para matar los insectos y de espíritu de vino para conservarlos, y finalmente, multitud de objetos cuya descripción sería cansada. Completaba los bagajes la caja de medicamentos, sobre todo la *quinina* para cortar las calenturas y el *ácido fénico* para aplicarlo sobre las heridas ponzoñosas.

La quinina se extrae de un vegetal muy hermoso, el árbol de la *quina*, oriundo del Perú, y que se procura aclimatar en todos los países cálidos, por la utilidad de la sustancia que suministra.

La quinina se usa en medicina principalmente para cortar la calentura. Durante mucho tiempo se la llamó *polvos de la condesa*, por el nombre de la de *Cinchón*, mujer de un virrey del Perú, que se curó unas calenturas malignas con ese medicamento.

El principio activo se encuentra en la corteza del árbol. Hay tres clases de quinina: la gris, la amarilla y la rojiza.

También se usa este producto para fortalecer el organismo.

**Ácido fénico.** — Sustancia química *antiséptica*, es decir, propia para destruir los principios ponzoñosos que hay en la baba de ciertos animales y que anula los efectos de sus mordidas ó picaduras.

El Sr. Berton llevaba igualmente una provisión abundante de objetos destinados á ser dados como regalo para conservar las buenas relaciones... ó provocarlas. En esto mencionaremos una buena paca-tilla de cuentas de color, collares, pulseras y pendientes. En otra época esto era lo principal en las importaciones africanas, y las negras siguen prefiriéndolas á todo; pero en la actualidad hay que añadir, y así lo hizo el Sr. Berton, piezas de algodón, jaboncillos envueltos en papeles de colores, espejos pequeños, de los que en las ferias europeas se ven-



den á cinco centavos, muñecas vestidas de azul y rosado, cuchillitos, cortaplumas, barajas, y finalmente pólvora y pistolas, gemelos y anteojos de larga vista, esto último destinado á los grandes personajes.

Por último, el explorador iba provisto de abundante cantidad de dinero, pues los negros del África Austral, lo mismo que los habitantes de las orillas del Níger, empiezan á apreciar las monedas de oro y plata y hasta las prefieren ya á lo demás.

Durante los primeros días de marcha, los viajeros atravesaron las posesiones portuguesas y hallaban



Piragua.

en las aldeas con abundancia cuanto les era menester.

Miguel cabalgaba gallardamente al lado del Sr. Berton, con el fusil terciado, y de tiempo en tiempo se apartaba del grupo para dar en tierra con alguna paloma toread, algún pato silvestre ú otro animal comestible.

Gracias á nuestro amigo y sobre todo, al Sr. Berton y á uno de los negros que era muy diestro en tender lazos, la mesa estaba siempre bien servida. Los ríos y arroyos que cruzaban añadían á esto su contingente. Lo que no había era pan; pero Miguel estaba acostumbrado á pasarse de él. Zimbo se encargaba de los postres y siempre andaba escudriñando matorrales para descubrir piñas, bananas, mangos ó uvas, y es fácil suponer cómo se reía, cuando daba con una buena provisión de aquellas apetitosas frutas.

El viaje se efectuaba marchando á pequeñas jornadas. El Sr. Berton se detenía frecuentemente para hacer observaciones científicas, examinar insectos, plantas y productos de todas clases, ó para estudiar la naturaleza del terreno. Además, no quería cansar demasiado á Miguel, por quien concibió desde el primer momento, lo mismo que el Sr. Dulaure, viva simpatía.

El terreno no era demasiado quebrado, pero con frecuencia encontraban ríos poblados de *hipopótamos* y de cocodrilos. Gracias á la munificencia con que distribuía los reales y demás objetos que servían de moneda, el explorador tuvo siempre á su disposición el número de piraguas necesario para atravesarlos.

Si bien nuestros viajeros no habían tropezado aún con más animales feroces que los anteriormente nombrados, en cambio tenían que habérselas con seres pequeños, poco temibles sin duda por el tamaño, pero que lo eran y mucho por su número. En su número mencionaremos ciertas hormigas, negras ó encarnadas, que andan en bandas innumerables y cuyo apetito es devorador. No contentas con picar, desgarran las carnes causando verdaderos sufrimientos que las lociones de ácido fénico no bastan á calmar. Sin embargo, no todo es perversidad en estos animales, pues son enemigos de las carcomas ú hormigas blancas, á que hacen encarnizada guerra. Este antagonismo es lo que ha impedido que una de esas dos especies haya invadido toda el África; se han contentado con fundar en ella vastas y temibles colonias. Los viajeros podían ver á cada paso las pirámides coronadas por atalayas que construyen las hormigas blancas.

— Los naturales del país, dijo el Sr. Berton á Miguel, temen á estos insectos más que á los ani-



males feroces, pues les cuesta mucho trabajo defenderse de ellos. Sin embargo, han ideado un medio muy original de no ser pasto suyo, y es... comérseles. Así es que mezclan con sus granos de maíz hormigas blancas; además sacan de éstas un aceite que consideran excelente.

— Hé ahí, dijo Miguel, una cocina que no me tienta.

El buen tiempo continuó por espacio de algunas semanas más; pero al llegar la pequeña caravana junto á las orillas del Kasabe, uno de los afluentes del Congo, empezó á llover. Por fortuna estaban en la tribu de los balondas, cuyo natural es sociable y además tenían caza abundante. Por último, el explorador y Miguel tenían en qué ocuparse, pues el Sr. Berton había recogido en el camino numerosos ejemplares de la fauna y de la flora del país, que ahora se necesitaba poner en orden. Esta tarea correspondió á Miguel. En cuanto al explorador, se reservó el estudio de los idiomas, punto que le interesaba vivamente. De modo que no faltaba con qué distraerse.

#### XXXVI. — UNA MOSCA.

Al cabo de una semana mejoró el tiempo y los viajeros pudieron seguir su derrotero.

Habían echado por una gran llanura entrecortada de praderas y bosques, en que los hombres y el carro podían andar sin dificultad, y ya llevaban en ella tres días, cuando el Sr. Berton paró de pronto su caballo y lanzó una sorda exclamación de despecho, mientras seguía con la mirada, profundamente inquieto al parecer, un insecto que revoloteaba de un lado para otro.

Miguel, que le seguía de cerca, buscó con la vista la causa de aquel descontento y no tardó en descú-

brirla, al ver revolotear en torno suyo una mosca, apenas un poco mayor que las ordinarias, negruzca como una abeja y tan rápida en sus movimientos que el Sr. Berton se vió apurado para cogerla con su redcecilla de cazar insectos.

— Sí, es una de ellas, dijo después de examinarla.

¿ Ves este insecto? Añadió dirigiéndose á Miguel; pues bien, antes de quince días, y en menos quizás, no nos quedará ni un caballo ni un buey.

— Me lo temo, contestó Miguel: es una mosca *tsé-tsé*; ataca á los animales y causa su muerte.

— ¿ La conocías? No me extraña, pues extiende su maléfica influencia desde el Cabo hasta la Abisinia. Nunca se presenta una sola; ésta es la avanzada de innumerables legiones que van á caer sobre nuestros infelices animales. Estaba seguro de que las encontraríamos; pero esperaba que sería más adelante.

En efecto, al día siguiente se arrojaban sobre los bueyes del carro y sobre los caballos del Sr. Berton y de Miguel nubes de esas feroces moscas, acosándolos con sus reiteradas picaduras, desangrando á los pobres animales, no obstante que los conductores agitaban en torno suyo continuamente ramas de árboles. En vano envió el explorador un negro á recorrer el camino, para descubrir un punto que la *tsé-tsé* hubiera dejado libre; todo el país estaba lleno. Cuatro ó cinco días más tarde, los bueyes perdían el apetito, empezaban á languidecer y no podían moverse: hubo que matarlos, y cargar las cajas y fardos en hombros de los negros de la escolta. Poco después tocó su turno á los caballos.

Por entonces llegaron á orillas del *Liba* ó, mejor dicho, del *Zambeza*, pues con este río pasa lo que con el Congo: cada tribu de las que ocupan sus márgenes le da un nombre diferente, y esta es una fuente



de molestias y dificultades para los viajeros que exploran el país.

**Mosca tsé-tsé.** — Insecto que habita toda el África ecuatorial y austral. Los animales monteses son insensibles á su picadura, que es mortal para las reses, exceptuando las cábrias, y para las bestias y los perros. Estos animales no sucumben inmediatamente después de la picadura, sino al cabo de unos días ó semanas. Su existencia constituye verdadera plaga para el África.

### XXXVII. — REPRESENTACIÓN TEATRAL.

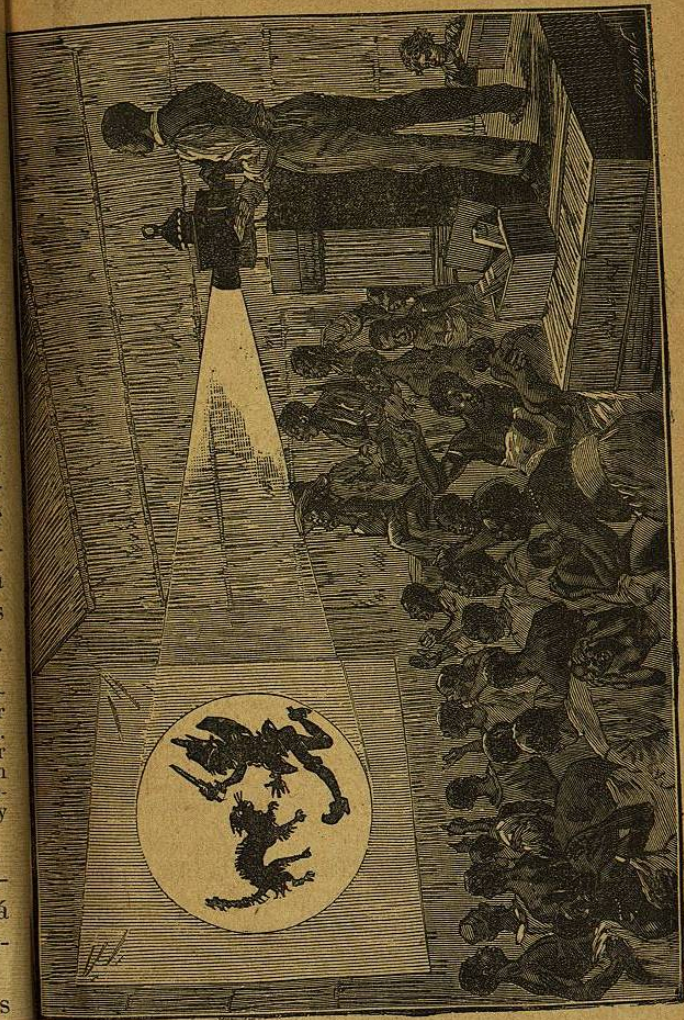
Á parte este accidente, que fué ciertamente muy grave pues los privó de sus bestias de carga y de tiro, el viaje se efectuó hasta entonces en buenas condiciones. Todos los de la caravana, blancos y negros, tuvieron calenturas, menos Miguel y Zimbo; pero la quinina los había salvado. Estas fiebres fueron producidas por el excesivo calor unido á la extremada humedad, pues había habido que atravesar casi siempre con el agua á la cintura, *pantanos infestados* por los hipopótamos. Afortunadamente, iban á echar río abajo por el Zambeza durante centenares de leguas, y esto debía devolverles las fuerzas perdidas.

**Hipopótamo** significa *caballo de río*. Sin embargo, estos dos animales no se parecen; el cuerpo del hipopótamo está cubierto por espesa piel y sus patas son muy cortas; la cabeza es monstruosa. Vive en los grandes ríos de África, nada bien y puede permanecer debajo del agua hasta treinta ó cuarenta minutos. Se nutre con plantas acuáticas, frutas y semillas. Los salvajes fabrican excelentes escudos con su cuero y el marfil de sus colmillos es muy estimado.

El Sr. Berton pensaba obtener sin dificultad piraguas; pero al pedir las al rey del país, éste se negó á darlas, y hasta mandó que escondieran las que existían en el lugar.

El explorador quiso tentarlo enseñándole sus objetos más preciosos; pero todo fué inútil; no hubo manera de vencer la resistencia del rey negro.

Uno de sus medios más poderosos de seducción



La linterna mágica.



consistía en los recursos que sacaba de su aparato fotográfico. Había hecho el retrato de Miguel y de varios hombres de su escolta, y cuando un jefe le negaba guías, mozos de carga ó piraguas, enseñaba una de esas fotografías, á ver si el rey quería una suya. Este medio daba casi siempre buen resultado, pues el rey no podía resistir al deseo de ver los encantos de su persona copiados y expuestos á la admiración de su pueblo.

Mas de esta vez el Sr. Berton perdió el tiempo. Mikko no se dejó tentar.

Entre las cajas iba una cuyo aspecto había llamado siempre la atención de Miguel. Una vez preguntó al Sr. Berton qué había en ella, y éste le contestó riendo : « ya verás ». El joven no insistió.

El mismo día en que el Sr. Berton recibió del rey contestación negativa respecto de las piraguas, abrió el bulto y ya puede calcularse cuál sería el asombro de Miguel al averiguar que contenía una linterna mágica.

Hicieron en pocos momentos los preparativos necesarios, y como pantalla se colocó en el fondo de la choza una pieza de algodón extendida sobre la pared. Los negros fueron convidados á una gran representación, y todos ellos acudieron, menos el rey.

En la pared de la cabaña, que se hallaba sumida en la oscuridad, se destacó de pronto un círculo luminoso que provocó vivo murmullo de satisfacción; pero al proyectarse allí la silueta negra de un gato y la de su amo, la alegría estalló, á lo menos entre los hombres; éstos lanzaban gritos de entusiasmo y grandes carcajadas, saltando y pateando sin cansarse. No ocurrió lo mismo con las mujeres, y los chiquillos, que se escondían unos detrás de otros.

Sin embargo, al cabo de algunos instantes se resolvieron los pequenuelos á mirar, y vieron al

gato, que seguía allí haciendo gracias; además, en un lado parecía dar vueltas una rueda. Entonces los muchachos empezaron también á reirse; las madres quisieron ver qué era lo que divertía á sus hijos y no tardaron todas las miradas en hallarse fijadas con admiración sobre el lienzo en que tranquilamente se paseaba Micifuf.

Cuando la algazara se calmó un poco, el Sr. Berton procuró referir las aventuras del personaje valiéndose de su intérprete. No me atreveré á afirmar que logró hacerse comprender; pero sí que consiguió divertir y admirar á los negros, que era por el momento lo esencial. Esta admiración debía suministrarle cuanto él y su séquito necesitaban.

En efecto, apenas había terminado la representación cuando avisaron al Sr. Berton que llegaban los enviados del rey. El monarca negro había tenido noticia de las cosas que el hechicero blanco enseñaba, y quería verlas. El explorador consintió, imponiendo condiciones; aceptólas el rey, y no tardaron en llegar á un arreglo.

Convínose en que el Sr. Berton pasaría tres días en el reino de Mikko y que en ellos enseñaría todo su repertorio. Ese tiempo lo debía emplear el rey en preparar las piraguas necesarias.

De modo que durante setenta y dos horas un hombre de estudio tuvo que consagrarse á referir á un reyezuelo negro la historia del *Gato con botas*, de *Pulgarcito* y de *Genoveva de Barbante*; pero ¿qué no se hará por gusto de los descubrimientos? Al fin del tiempo convenido el rey negro cumplió su promesa y dejó que se pusiera en camino el Sr. Berton, deseándole feliz viaje.



## XXXVIII. — LA « HUMAREDA RETUMBANTE ».

Durante unos veinte días, los viajeros se dejaron ir río Zambeza abajo siguiendo la corriente. Algunas veces desembarcaban para comprar provisiones en las aldeas ó para cazar algunos animales, y más á menudo todavía para observar la naturaleza del terreno y sus producciones, estudios que el Sr. Berton no descuidaba nunca, pues constituían el principal objetivo de su viaje.

Un día, al salir de un tupido bosque que habían estado viendo en una y otra margen del río por espacio de centenares de kilómetros, Miguel oyó un ruido análogo al del trueno, un retumbar sordo y continuo semejante al que precede la tempestad; pero la admirable pureza del cielo no permitía suponer que esta fuera la causa.

— ¿Qué es eso? preguntó á uno de los negros.

— *Mosioa tunya*, contestó éste.

— *Mosioa tunya*, repitió maquinalmente Miguel pero sin preguntar nada más, pues lo consideró inútil.

No tardó, por otra parte, en cautivar su atención un espectáculo singular. Delante de las piraguas, á una distancia que no podía calcular, parecían salir del agua densos vapores de color blanco deslumbrador, cada vez más fáciles de distinguir, á medida que andaban las piraguas, y que no tardaron en separarse, formando cinco enormes columnas movilizadas, donde retozaban los colores del arco iris, y cuya extremidad superior se perdía en las nubes. Con esto, el ruido aumentaba por momentos.

La piragua de Miguel llegó junto á la del Sr. Berton, que iba delante y que acababa de pararse.

— ¿Qué son esas masas de vapores y ese retumbar

de trueno? preguntó el joven así que pudo hacerse oír.

— Son las *cataratas del Zambeza*; los naturales les dan el pintoresco nombre de *Humareda retumbante*, y *Livingstone*, primer europeo que las vió, las llamó *cataratas Victoria*, en honra de su soberana. He querido dejarte la impresión entera de este grandioso espectáculo y por esto no te he dicho nada.



Cataratas Victoria, en el Zambeza.

Yo lo contemplo por tercera vez y siempre me produce el mismo efecto. Me expondría á todas las fatigas y privaciones sólo por venir á admirar este singular y sublime espectáculo.

— ¿Y esas columnas blancas, que parecen salir de inmensas calderas?

— Son causadas por la compresión del agua que, al precipitarse en el abismo, da origen á esas masas de vapores. Acerquémonos para verlas mejor, pero



con prudencia, pues si no podríamos dar el salto de ciento veinte metros que da el río.

El Sr. Berton mandó que los hombres de la escolta se dirigieran á la orilla, mientras que su piragua y la de Miguel, dirigidas por diestros remeros, seguían río abajo, á través de las raudas y los escollos. Á medida que se andaba, el ruido se iba haciendo más formidable, no tardando en llegar á ser completamente ensordecedor.

El explorador y su compañero llegaron así hasta una pequeña isla que divide el río en dos y se adelantaron cogidos á los árboles y las rocas lo más cerca de la catarata que era posible hacerlo sin imprudencia.

Desde aquel punto se podía contemplarla en toda su belleza. Las aguas se precipitan en salto prodigioso y con ruido de trueno, á un abismo sin fondo, formado por un brusco corte de la madre del río, y donde la mirada no podía seguir las columnas de vapores subían girando hasta altura prodigiosa, se teñían de mudables colores y se balanceaban al más ligero soplo del viento. Una Iris invisible parecía complacerse en pasear su velo de cambiantes reflejos sobre aquellas plateadas espirales.

Cuando, después de admirar por largo rato aquel espectáculo sublime, atravesaban de nuevo el islote para embarcarse otra vez en las piraguas, Miguel lanzó una exclamación de sorpresa que se perdió en el ruido de la catarata y señaló á su jefe un duraznero cargado de frutos maduros y bermejos.

El Sr. Berton contestó con un grito de alegría y acercándose al árbol, arrancó algunas hojas que besó respetuosamente guardándolas después; también cogió algunos frutos.

Miguel hubiese querido pedir algunas explicaciones; pero habría sido inútil en aquel tumulto.

Momentos más tarde, nuestros exploradores estaban en la orilla donde los esperaban sus compañeros.

XXXIX. — DAVID LIVINGSTONE.

Á poca distancia de las cataratas, pero en un sitio donde su estruendo no era bastante á cubrir el ruido de la voz, se alzaba un baobab debajo del cual crecía espesa hierba. El lugar era á propósito para sentarse á almorzar. El Sr. Berton y Miguel se dispusieron á hacerlo, mientras Zimbo registraba los alrededores en busca de postres.

— ¿Sabes, preguntó el naturalista al llevarse á la boca el primer pedazo, á quién debemos poder llevar á cabo el interesantísimo viaje que hacemos en este momento? Pues al primer blanco que recorrió estas regiones, al que las descubrió, al inglés *Livingstone*.

El doctor David Livingstone es el más ilustre de los viajeros modernos y el que ha hecho realizar mayores progresos á la ciencia geográfica. Á los veintisiete años marchó al África Austral como misionero protestante. Allí pasó nueve años, primero en *Kurivan*, luego en *Kolobeng*, en el país de los *Bechuanas*, que viven al norte de la *colonia del Cabo*, cerca del río *Orange*. Ese período de tiempo lo empleó en prepararse para el viaje que meditaba. El primero lo emprendió en 1849, descubriendo el *lago Ngami*, situado al sur del Zambeza, y junto al cual pasaremos dentro de unas semanas. En 1850 reconoció parte del curso del Zambeza, que hasta entonces sólo había sido explorado en las partes inmediatas á su desembocadura. Por fin, en 1862 completó este descubrimiento subiendo por el río hasta sus orígenes, y bajándolo luego hasta estas



cataratas, que llamó, según ya sabes, *cataratas Victoria*.

Poco después realizaba nuevos descubrimientos, entre otros el del lago *Nyasa*, mucho mayor que el Ngami y situado hacia el este; más tarde recorrió las orillas del lago *Tanganyika*, que otros exploradores habían descubierto unos años antes.

En *Udjiji*, una de las aldeas situadas sobre ese lago fué donde lo encontró Stanley el 3 de Noviembre de 1871.

—¿Stanley, el que ha descubierto el Congo?

—Sí; hacía años que no se tenía noticia de Livingstone y ya se le consideraba muerto, cuando el propietario de un gran periódico americano, el *New-York-Herald*, mandó á Stanley en busca suya.

Durante dos años no pudo obtener Stanley ningún indicio sobre el paradero de Livingstone y ya empezaba también él á creer que había muerto, cuando á fines de Septiembre de 1871 supo que el doctor se encontraba en los alrededores del lago Tanganyika. Á pesar de que tanto Stanley como su escolta estaban extenuados de fatiga, se pusieron inmediatamente en camino, y seis semanas más tarde encontraban á Livingstone en la aldea de *Udjiji*.

Los últimos años del viajero inglés estuvieron consagrados á reconocimientos geográficos entre el lago *Tanganyika* y el lago *Banguleo*; falleció en la aldea de *Tchitambo* el 1.º de Mayo de 1873. Sus servidores lo embalsamaron y llevaron el cuerpo hasta Zanzíbar, recorriendo al efecto 2240 kilómetros; allí fué embarcado para la Gran Bretaña, que le tributó los funerales reservados á sus hijos más ilustres.

Si ahora añado que el duraznero que acabamos de ver procede de uno de los huesos que Livingstone plantó en estos sitios cuando estuvo en ellos, no

extrañarás mi alegría al verlo, y comprenderás el sentimiento que me movió á conservar como reliquias algunas hojas suyas.

—No todos podemos, siguió diciendo el Sr. Berton, realizar expediciones semejantes y dar nuestro nombre á descubrimientos tan grandiosos como los de Livingstone y de Stanley; pero sí cabe seguir el camino trazado por ellos y procurar ensancharlo.

#### XL. — Á TRAVÉS DEL CONTINENTE AFRICANO.

En las cataratas del Zambeza cambió el Sr. Berton de dirección, y en vez de seguir dirigiéndose al este, torció al sur. Á fin de no cansarse demasiado, ni él ni su gente, nuestro viajero volvió atrás por el mismo camino, es decir, río arriba, hasta la desembocadura del *Chobé*, uno de sus afluentes, y continuó en piragua su viaje por éste.

De tiempo en tiempo tomaban tierra para tratar con los salvajes que viven en las márgenes del Zambeza y del Chobé, y con frecuencia hubo que pagar las provisiones necesarias haciendo el retrato de algún jefe de tribu, ó dando una representación con la linterna mágica. Aunque en esas regiones no existe el telégrafo, la noticia de las maravillas que ejecutaba nuestro viajero se había difundido por extensiones considerables, inflamando las imaginaciones. Todos acudían á ofrecer víveres ó sus servicios como remeros en cambio del favor de asistir á una representación. El Sr. Berton aceptaba con tanto más gusto, cuanto que así economizaba sus propios víveres y, sobre todo, los objetos de cambio, ya no muy abundantes.

Miguel pudo estudiar en estas reuniones las modas del país.

Casi todos los negros le sacan punta á sus dientes,